

CUENTO

N. R. Angela Tamayo, Zulma Ramos y Oscar Bustos pertenecen al taller de Escritores de la Universidad Central. Estos son los primeros cuentos que publican:

La fuga

ANGELA C. TAMAYO L.

Es una muralla que no solamente separa cuerpos. Pero claro, la ciudad es insegura y el hombre se resguarda con el vidrio que atraviesa el automóvil de lado a lado, pertiéndolo en dos mundos. A través de él contemplo su rostro reproducido por el espejo retrovisor y a cada momento su gesto se torna más desconfiado. Los movimientos que hace son lentos, como si adelante la densidad del aire fuera mayor que la esponjosa atmósfera de atrás.

El mundo real se convierte de pronto en borrosas imágenes desplazadas rítmicamente al sonido de la radio y circundadas por la luz rojiza del taxímetro.

Nunca precisé tanto de un contacto humano. En el centro del vidrio cinco huequitos y una ranura en la parte inferior, son una burla a mi necesidad. Sólo permiten el paso forzado del dinero, un mínimo de voz con la dirección de destino y, una vez allí, la rutinaria pregunta:

- ¿Cuánto es?
- Son doscientos pesos.

Y el billete resbala por la ranura mientras observo los ojos congelados del conductor.

Abro maquinalmente la puerta y con el rostro inmerso en las sombras, emprendo vuelo por la calle desolada.

Esperanza

ZULMA RAMOS

Por todas las fuerzas que me protegen y me ayudan, que este hechizo se haga sobre tí. Ante la vela blanca sobre el plato negro y con el Oriente a mis espaldas pido que tu energía se enlace con la mía y aumente mi poder envolviéndote en la paz.

Con la bolsita de seda roja en la diestra y esparciendo el polvo mágico en el círculo, a la vez que se trazan los signos con la vela en alto se entra en el tiempo del no tiempo.

En la cerradura de la puerta se mueve un ojo inquieto, tratando de percibir más allá de la pera que forma el hueco, con gran curiosidad y no poco temor en relación al desarrollo de los acontecimientos.

La túnica de extraños signos a veces se aproxima ocultando el resto del espacio y como en un sueño de rápidas imágenes se ven unas veces la figura de la mano abierta con el ojo en medio y otras la serpiente anillada mordiéndose la cola. Se oye el susurro, casi una letanía que se prolonga indefinidamente y que como un canto arrullador adormece la conciencia de todo aquel que esté próximo. A partir de ese instante no se sabe si los sueños son la realidad, o en qué momento se ha escapado el mundo.

Desde el momento mismo en que el vecindario se enteró por Maruja de los extraños ritos de Doña Esperanza, las cosas comenzaron a cambiar. La mujer menuda de piernas flacas y cara común en quien nadie antes reparara adquirió rápido favor. Las cuentas sin pagar acumuladas en las diversas tiendas empezaron a esfumarse y las señoras que antes no la saludaban se convirtieron en portadoras

de sonrisas y amabilidad. Las muchachas casaderas querían frecuentarla y muchas veces se veía entrar a una que otra joven con algún paquete adornado bajo el brazo, golpear a la puerta que todos sin excepción alguna observaban con curiosidad. Las caras que salían aumentaban el prestigio ya que unas veces la felicidad les hacía partir como sonámbulas y otras, el manto de llanto les hacía parecer vírgenes en pena.

También los opositores se contaban por montones al principio, y hasta una propuesta hubo de notificar al cura y al alcalde de la zona. Nadie en los alrededores quedó excluido de las discusiones cada vez más parcializadas y dominadas en los dos polos que aquellos que no sólo no comprendían la situación y por eso la temían y los que tampoco comprendiéndola veían que los negocios del sector florecían al paso de la gente que cada día aumentaba y ahora no sólo no llegaban como queriendo parecer invisibles, sino que con gran ostentación buscaban un lugar para su auto y después de entrar corrían nuevamente a salir afanosos a los almacenes más cercanos para comprar todo tipo de artículos desde velas y limones hasta papas fritas y yogurt para la larga espera. No faltó quien se dedicara a lavar los carros y la señora de la esquina que decidió utilizar su garaje como floristería, y la de más allá que puso un almacén de ropa y otra hasta una guardería.

También Maruja adquirió gran prestigio como intercesora y ahora se la veía vestida con ropa extranjera, muy bien peinada y arreglada escuchando socarronamente a todos los que requerían hablar con ella un momentico, nada más. Aunque físicamente Doña Esperanza no fue mucho lo que cambió, la mayoría afirmaba que parecía no caminar sino estar rodeada de un hálito perfumado y brillante que la levantaba a milímetros del suelo para no rozarlo y que para el ojo común esta cualidad no era perceptible. Cuando hablaba todos escuchaban y su interlocutor directo parecía embelesado, mientras los espectadores no lograban relatar después a derechas qué era exactamente lo que había sucedido. Y si se diera el caso que ella misma decidiera un día comprar ramas de albaha-ca o de romero, toda la calle horas después se sentía impregnada del aroma como una verbena.

Con el tiempo se le conoció familia; primos y sobrinos en gran abundancia empezaron a colmar su casa y radicarse en la ciudad, pero siendo la casa pequeña para soportar la creciente avalancha de toda clase de gentes, se comentó el hecho de que habría mudanza.

Las manos que siempre recorrían las camándulas, pidiendo una solución a tan mala compañía, se apresuraron en su trabajo con ritmo frenético para ayudar a expulsarla; y hasta los niños para los cuales la situación había sido algo así como un circo con uno de esos actos que embrujan y dejan tensión en el estómago, esta vez bajo el influjo de la vocería general dieron rienda suelta a sus travesuras, acelerando el paso de la salida.

El día que el camión de mudanzas apareció frente a la puerta, se agolpó la multitud para observar el hecho, y después comentar las cosas simples y los baúles cerrados que de allí salieron.

Solo después, cuando de tarde en tarde llegaba un auto a preguntar por ella para luego partir rápidamente al saber de su desaparición, las dueñas de los garages y almacenes cayeron en cuenta que el círculo mágico que les había rodeado había quedado roto para siempre y quedaba solo el mundo de *siempre*. Las camanduleras podían ahora recorrer el barrio con la cara ufana, diciendo paciencia, paciencia, aunque sin esperanza.